

La invención de la “población”

LUIS ALEJANDRO ASTORGA ALMANZA

El combate para conocer científicamente la realidad debe casi siempre comenzar por una lucha contra las palabras.

P. BOURDIEU,
Choses dites.

I

La reproducción de los grupos humanos organizados ha sido pensada desde épocas remotas; en algunas ha dominado el esquema de percepción de la magia, en otras el de la religión; en la actualidad, la ciencia ha tomado su lugar, lo que no significa que aquéllos hayan desaparecido.

Los aportes de las ciencias sociales en las últimas décadas, en particular de la antropología, la lingüística, la historia, la sociología y de esa disciplina que su autor llama arqueología del saber y otros epistemología histórica, nos proporcionan ya elementos para construir nuevos objetos de estudio referidos a temas que han sido dominados por la filosofía, la economía, la medicina, la biología y la demografía, lo cual ha codificado de cierta manera el universo, sus características y las formas en que debería ser estudiado. Se han creado hábitos entre productores y consumidores acerca de lo pensable, lo enunciable y la adscripción gremial de quienes se interesan, desde otros campos del saber, en ese impensado teórico al cual a falta de mayor precisión se le sigue denominando “población”.

Aquí no se habla desde la demografía ni para ella, ni tampoco desde esa clasificación administrativa llamada “sociología de la población”, que en un primer nivel es redundante y, en un segundo, tautológica: es una clasificación vaga e imprecisa que quisiera significar la influencia de la sociología en los estudios demográficos. El objetivo de esta investigación no es el establecimiento de la “verdad” acerca de la “población”, sino el de mostrar las condiciones históricas de posibilidad de esa representación, las estrategias que han derivado en su hegemonía simbólica y la positividad a la que da origen.

II

Son varios los autores que desde diversos campos del saber nos ponen en guardia contra la falta de reflexión acerca del lenguaje y las palabras. Cassirer señala que el origen del lenguaje y el del mito están indisolublemente ligados. En el pensamiento primitivo se tiene “fe en la total ‘substancialidad’ de la palabra”; ésta no cumple una función representativa, sino que toma el lugar de la cosa y sus propiedades, tiene poder real, es mágica.¹ Benveniste nos dice que el lenguaje es la forma más acabada de una de las facultades humanas: la de simbolizar. El ser humano crea signos para representar lo real, pero el signo debe ser comprendido como representante de lo real, es decir el hombre debe establecer una relación entre la “cosa” y el “signo” para que ello tenga una significación; en otras palabras, “el símbolo no tiene relación natural con lo que simboliza”, el hombre lo instituye, pero tiene que aprender su sentido y “ser capaz de interpretarlo, en su función significante”, es por ello que Benveniste insiste en hacer la distinción entre designación y significación para evitar la confusión en las discusiones acerca del “sentido”.² A esto se refiere también Jakobson cuando habla de la diferencia establecida por los estoicos en lo que respecta a los signos verbales; ellos distinguían el *signans*, lo inmediatamente perceptible, del *signatum*, lo deducible, aprehensible. Este modelo, agrega, “sigue siendo la base más sólida y segura para la investigación semiótica”, entendida “como estudio de la comunicación de todas las clases de mensajes”.³ También Paul Veyne llama nuestra atención cuando afirma que “la indiferencia por las palabras suele ir unida a la confusión en las ideas sobre la cosa misma”.⁴ Y Francis Bacon escribía ya en su *Novum Organum* que los *idola fori*, una de las cuatro clases de *idola* que él señala, son errores surgidos de la influencia ejercida sobre la mente por las simples palabras, y que éstas introducen un modo falacioso de ver las cosas de dos maneras: 1) palabras que son en realidad nombres para cosas inexistentes y 2) nombres abstraídos de unos cuantos objetos y aplicados a todo lo que tenga una mínima analogía con ellos.⁵ Por su parte, Georges Duby nos recuerda un gran principio metodológico: “Para construir una problemática eficaz [...] el mejor método [...] es partir de las palabras, explorar un campo semántico”.⁶

¹ Cf. Ernst Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas*, vol. 2, F.C.E., México, 1971, pp. 11, 65, 67, 292.

² Cf. Emile Benveniste, *Problemas de lingüística general*, vol. I, Siglo XXI, México, 1985, pp. 27, 29; E. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, vol. I, Les Editions de Minuit, París, 1969, p. 12.

³ Cf. Roman Jakobson, *Nuevos ensayos de lingüística general*, Siglo XXI, México, 1976, pp. 99-100.

⁴ Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1984, p. 9.

⁵ Cf. *Encyclopaedia Britannica*; M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1986, p. 58.

⁶ Georges Duby, “Pouvoir privé, pouvoir public”, en Philippe Ariès y Georges

Partir de la palabra "población" para ver cómo ha sido problematizada la reproducción implicaría darle un valor heurístico retrospectivo a un signo verbal cuyo origen y usos particulares se trata justamente de analizar; implicaría tomarla como matriz generadora de discursos donde ella misma no es precisada ni explicada. Es desde las problematizaciones mismas que podemos identificar a los grupos sociales que las elaboran, en función de por quiénes están pensadas, así como a las palabras que sirven para designarlos, de ahí que nuestra tarea sea similar a la del mitólogo "que no puede creer en los mitos puesto que se dedica a desmontarlos".⁷ Tratamos pues de establecer ese distanciamiento necesario frente a las "prenociones" de las que hablaba Durkheim.

Podemos empezar la exploración hablando de un conjunto de palabras a las cuales se refiere necesariamente, de alguna u otra manera, el discurso actual que predica acerca de la "población" y sus propiedades, para llegar al momento de la aparición de ésta, determinar el significado que se le atribuye a partir de entonces y poder así diferenciar los usos que de ella se hacen en algunos campos del saber.

III

Benveniste propone que bajo el rubro *dem* de los diccionarios etimológicos se haga una clasificación en tres unidades distintas e irreductibles: 1) *doma*, "violentar", "domar" (lat. *domare*); 2) *dem* (a), "construir" (gr. *demo* y sus derivados) y 3) *dem*, "casa", "familia"; además, señala que *dem* y *weik*, en la organización indoeuropea, significaban fracciones de la unidad social.⁸ Homero habla de dos orígenes distintos del concepto de "pueblo": *demos* y *laos*. Es un poeta, un intelectual en el sentido moderno de esta palabra, es alguien autorizado; está del lado del saber y es productor de sentido. Homero no ha inventado esas palabras, sólo las enuncia como las nociones que fundan la designación de "pueblo". De su lectura de Homero, Benveniste nos dice: "*Demos*, concepto territorial y político, designa al mismo tiempo una porción de territorio y el pueblo que ahí vive [...] es un agrupamiento de hombres unidos solamente por una pertenencia de carácter político"; y *laos* "es el nombre del pueblo cuando porta las armas", incluye únicamente a los hombres en edad viril, los niños y los ancianos no forman parte de él. *Laos* se remonta al período aqueo y *demos*, más reciente, a la invasión dórica.⁹

Duby (coords.), *Histoire de la vie privée. De L'Europe féodale à la Renaissance*, vol. 2, Seuil, París, 1985, p. 19.

⁷ Claude Lévi-Strauss, *Mitológicas*, vol. I, F.C.E., México, 1968, p. 21.

⁸ Cf. E. Benveniste, *Le vocabulaire...*, vol. I, *op. cit.*, pp. 307-8.

⁹ Cf. E. Benveniste, *Le vocabulaire...*, Vol. II, pp. 89, 90, 94; que alguien haya nacido en Atenas o en otro *deme* del Atica no es suficiente para que se le considere como ateniense; ese derecho depende de "condiciones muy estrictas de naturaleza genealógica" (Giulía Sissa, "La famille dans la cité grécque (V-IV°

Polis, en un principio, significa “fortaleza”, “ciudadela” y posteriormente villa, ciudad, Estado, la ciudad común. En ella, “es el azar, la guerra o cualquier otra razón lo que ha reunido a los que allí viven”.¹⁰ La *polis*, “cuerpo abstracto, Estado, fuente y centro de la autoridad, existe por sí misma. No encarna ni en un edificio, ni en una institución, ni en una asamblea. Es independiente de los hombres y su sola sede material es la extensión del territorio que la funda”. De esa palabra se deriva *polites*, ciudadano, “el que participa de la *polis*, el que asume los debates y los derechos de su condición”.¹¹

Cuando Platón y Aristóteles¹² hablan de la reproducción de los individuos no se refieren a una totalidad abstracta, sino que piensan principalmente en grupos sociales bien delimitados, clasificados de cierta manera en la Grecia de esa época y con determinados atributos. Están pensando en los ciudadanos (*polites*), es decir, en varones adultos libres en el marco social de la *polis*. Y aunque en ella habitan igualmente otros grupos, como por ejemplo los esclavos y los metecos, sus prescripciones no les incumben. Sus reflexiones tienen por objetivo modelar la ética, la estética y la economía reproductiva de aquellos que están colocados en la cúspide de la jerarquía social; plantean el eugenismo de la élite.

El bien de la *polis* está por encima del de los individuos; el de éstos se logra en la medida en que siguen las prescripciones encaminadas al de la *polis*; de ahí la importancia de una buena legislación y de un grupo especializado de legisladores que determinarán lo más conveniente para tal fin. Platón llega a decir que la ciudad imaginada por él sólo sería posible si los filósofos gobernaran o si los gobernantes fueran filósofos; reivindica el papel de los especialistas del saber en lo que concierne al arte o a la ciencia real, o soberana como diría Aristóteles, que es la política. La buena política se aprende, el verdadero político se hace, no nace como tal; ello implica la necesidad de la pedagogización del soberano y de los mejores de entre sus súbditos, los ciudadanos.

En la biografía de Platón se habla de su interés por participar en la política, sus inicios en este campo como consejero de soberanos, su temprana decepción de la política real y la concentración de sus esfuerzos en la reflexión filosófica acerca de ella y en otros campos. De Aristóteles se sabe que fue maestro del joven príncipe Alejandro, conocido posteriormente como El Grande. El pensamiento de ambos no tiene un fin meramente especulativo sino que busca la mejor manera de lograr el bien de la *polis* y éste sólo se logra convirtiendo a la razón en política, en la

siècle avant J.-C.)”, en *Histoire de la famille*, vol. I, Armand Colin, París, 1986, pp. 163-193.

¹⁰ E. Benveniste, *Le vocabulaire...*, vol. I, *op. cit.*, pp. 309-367.

¹¹ E. Benveniste, *Problemas...*, vol. II, pp. 279-280.

¹² Cf. Platón, *Las leyes. Epinomis. El político*, Ed. Porrúa, México, 1979; Platón, *La República*, UNAM, México, 1983; Aristóteles, *Ética nicomaquea. Política*, Ed. Porrúa, México, 1982.

modelación del *ethos* mediante el *logos*. El saber y el poder caminan juntos y su materia son los cuerpos de los súbditos dignos de tomarse en cuenta. Platón mismo afirmará que el pensar que se dispone del Estado y de sus habitantes como si se tratara de la cera no está exento de razón.

Platón se interesa tanto en las consecuencias de la reproducción por encima como por debajo de un cierto límite, mientras que Aristóteles fija más la atención en la necesidad de la reducción en función de la propiedad de la tierra. Sin embargo, es Platón (*Leyes*) el que habla de un número ideal de hogares para la ciudad, 5040, y de un varón y una hembra por pareja como el número suficiente y requerido por la ley —pero sólo para las viudas que en un primer matrimonio no habían tenido hijos—. Es la representación numérica del justo medio. Pero también podría pensarse que en el planteamiento de ese límite está presente una especie de veneración al número, como si éste poseyera ciertas virtudes mágicas, según se creía antes de la matemática científica, y cuya influencia todavía se observa entre los pitagóricos y en el Renacimiento.¹³ Asimismo, se podría pensar que al plantear ese límite, Platón codifica quizá el número calculado de hogares de ciudadanos en Atenas y lo presenta como modelo.¹⁴

A la libre circulación y unión de hombres y mujeres, al comunismo del intercambio sexual entre ellos y de la propiedad señalado por Platón en la *República*, él mismo en las *Leyes* y Aristóteles en la *Política* agregan el modelo de la pareja monogámica, no el "matrimonio", pues como ya lo señaló Benveniste el propio Aristóteles dice que el vínculo entre el hombre y la mujer no tiene nombre; el término aparece ulteriormente en latín, *matrimonium*, y significa condición legal de *mater*, no un acto para la mujer sino un destino.¹⁵ El sexo del objeto del amor de los varones puede ser indistinto en la *República*, aunque la prioridad se le da al sexo femenino; pero en las *Leyes* y la *Política* se valoran negativamente el incesto, el amor por los jóvenes y el adulterio, y positivamente la procreación como objetivo de la unión de los sexos. En Grecia, los esclavos no proliferan, se separan los sexos para impedirlo, pues resulta menos costoso comprarlos ya adultos que criarlos desde pequeños.¹⁶

La procreación, si tomamos en cuenta el análisis de Foucault en *El uso de los placeres*, es una dimensión que encontraría su lugar en uno de los cuatro grandes temas de la reflexión moral de la Antigüedad acerca de la austeridad sexual: el que se refiere a la relación con la esposa. Pero el estudio no tiene que ver particularmente con la procreación sino con las "artes de la existencia", las "técnicas de sí", es decir con el dominio

¹³ Cf. E. Cassirer, *op. cit.*, pp. 89, 185.

¹⁴ Cf. los datos proporcionados por Herodoto, Aristófanes y Platón, y las reservas de los autores en: M. Reinhard y A. Armengaud, *Historia de la población mundial*, Ariel, Barcelona, 1966, p. 30.

¹⁵ Cf. E. Benveniste, *Le vocabulaire...*, vol. I, *op. cit.*, p. 243; Aristóteles, *op. cit.*, p. 159.

¹⁶ Cf. Josep Moreau, "Les théories démographiques dans l'antiquité grècque", en *Population*, octubre-diciembre 1949, 4^e année, núm. 4, pp. 597-614.

y buen uso de los placeres que implicará la elaboración de una estética de la existencia a partir de una ética sexual, de un trabajo sobre sí mismo que tiene como objeto de preocupación la moderación y la incontinencia en los placeres. El autor hace una distinción entre moralidades orientadas hacia la ética y hacia el código y señala que las de la antigüedad griega y greco-romana se encuentran entre las primeras, a excepción de las que se establecen en la *República* y las *Leyes*. Además, enfatiza un aspecto clave: se trata de una moral de hombres y para hombres, para varones adultos y libres. Las mujeres aparecen como objetos o compañeras que es conveniente formar, educar y vigilar cuando están bajo el poder de uno y evitar cuando lo están en el de otro, llámese padre, marido o tutor.¹⁷

IV

La palabra latina *civis*, conciudadano, tiene un valor de reciprocidad, “se es *civis* de otro *civis*”, no es “una designación objetiva”, implica comunidad del habitat y de los derechos políticos; es “la designación que se daban entre ellos, en el origen, los miembros de un grupo detentador de los derechos propios de su condición de autóctonos, en oposición a las diferentes variedades de ‘extranjeros’, *hostes*, *peregrini*, *advenae*”. Los esclavos no son ciudadanos, son hombres sin derechos; ser esclavo implica estar fuera de la comunidad. De *civis* se deriva el abstracto *civitas*, que “designa propiamente la calidad de ciudadano y, colectivamente, el conjunto de los ciudadanos, la ciudad misma”.¹⁸

Del mundo greco-romano Foucault señala tres de los elementos fundamentales que marcan la ética de la existencia conyugal elaborada por los moralistas de la época imperial, en particular los de la corriente del estoicismo tardío (Musonio, Plutarco), pero que no les son completamente propios pues Platón ya habla de exigencias parecidas en la *República*: a) principio “monopolístico” que implica un no a las relaciones sexuales fuera del matrimonio; b) exigencia de “deshedonización”, es decir que las relaciones sexuales entre los esposos no obedezcan a una economía del placer; y c) finalización procreativa, o sea que la relación entre esposos tenga como objetivo el nacimiento de una descendencia. También agrega que estos preceptos conciernen solamente a ciertos grupos sociales poco numerosos para quienes un “arte de vivir” podría haber tenido sentido y realidad. Y como no todo mundo se casa, cuando alguien lo hace el matrimonio, según P. Veyne, obedece tanto a un objetivo privado, transmitir el patrimonio a los descendientes y no a otros miembros de la familia o hijos de amigos, como a lo que él llama una política de castas, es

¹⁷ Michel Foucault, *L'usage des plaisirs*, Gallimard, París, 1984, pp. 29, 37, 57, 277.

¹⁸ E. Benveniste, *Les vocabulaire...*, vol. I, *op. cit.*, pp. 335, 337, 355; E. Benveniste, *Problemas...*, vol. II, *op. cit.*, pp. 276, 278.

decir "perpetuar la casta de los ciudadanos". Pues para un romano hay dos maneras de tener hijos: engendrarlos en un matrimonio legítimo y mediante adopción. Pero el matrimonio, que es una institución privada, no le está permitido a los esclavos —entre cinco y seis millones de hombres y mujeres libres y ciudadanos en la Italia romana y uno o dos millones de esclavos— y esa prohibición durará hasta el siglo III de nuestra era. La perpetuación del cuerpo cívico se efectúa mediante la procreación dentro de los matrimonios legítimos contraídos por los ciudadanos, aunque el senador Plinio el Joven, señala P. Veyne, llega a proponer la liberación de esclavos con méritos y de esa manera convertirlos en ciudadanos para fortalecer el núcleo cívico. Esto no significa que los esclavos no se reproduzcan o que les esté prohibido hacerlo, simplemente ello no entra en las preocupaciones de la moralidad en construcción; interesan por razones económicas, aunque sus funciones no se limitan a ese campo, pero no como objeto de moralidad en el plano de la reproducción; si se reproducen "el amo estará contento de ver que el rebaño crece, pero eso es todo"; la extensión de la institución del matrimonio a los esclavos no forma parte de una revolución jurídica sino de la transformación de las costumbres a la que han contribuido el estoicismo y el cristianismo: el matrimonio ya no es tanto un signo de potencia, es más bien una prueba de moralidad y además el esclavo empieza a ser considerado como un ser humano con conciencia moral.¹⁹ A pesar de todas esas transformaciones, sólo hay una categoría social cuya reproducción importa para el interés político, los *cives*, que conforman, como "totalidad aditiva", la *civitas*.

V

El cristianismo logra imponer, a través de lo que Foucault llama la pastoral de la carne, su ética orientada hacia el código. Son siglos de trabajo sobre los espíritus y la incorporación de valores, de una cosmovisión que cuenta ahora con una institución social, la iglesia, para velar por su buen uso. Ya no se trata de una estilización de los placeres sino de una codificación severa de lo permitido y de lo ilícito; su cumplimiento adecuado conforme al juicio de las autoridades eclesiásticas es digno de elogios, y de recompensas en el más allá; lo contrario merece castigos y condena en vida y después de la muerte. En el cristianismo las relaciones sexuales están referidas al pecado, al mal, pero en el matrimonio encuen-

¹⁹ Cf. Michel Foucault, *Le souci de soi*, Gallimard, París, 1984, pp. 59, 93, 96, 214; para mayores detalles véase: Paul Veyne, "L'Empire romain", en *Histoire de la vie privée. De L'Empire Romain à l'an mil*, Vol. I, Seuil, París, 1985, pp. 19-223; véase también: Yan Thomas, "A Rome, pères citoyens et cité des pères (II^e siècle avant J. C.-II^e siècle après J.-C.)" y Aline Rousselle, "Gestes et signes de la famille dans l'Empire romain", ambos en *Histoire de la famille*, vol. I, *op. cit.*, pp. 195-229 y 231-269, respectivamente.

tran su campo de legitimación siempre y cuando no sea el placer la finalidad sino la procreación.²⁰

En la Alta Edad Media, en los principios de la Europa feudal, la actitud frente a la reproducción de la servidumbre se ha transformado; así, por ejemplo, la aristocracia carolingia instala por parejas en un terreno a los hombres y mujeres de su servidumbre para que engendren y críen a sus hijos; de esa manera aseguran su renovación y mantenimiento; es una estrategia de gestión de su capital. El amo tiene un poder absoluto sobre todo lo que existe en las casas de los siervos, puede disponer de las cosas y de la gente como mejor le plazca.

El *populus* de esa era lo constituyen los hombres adultos y libres, en conjunto conforman el Estado, son coposores de bienes comunes y corresponsables del bien común; las mujeres no forman parte de ese conjunto. Ser libre significa participar de los derechos y deberes que fija la ley. El *populus*, "pueblo", de los principios del feudalismo se divide en dos grupos: *caballarius*, caballero, a su conjunto le corresponde el uso de las armas, el papel cívico más importante, y están sometidos a la autoridad del amo del castillo; y los *boni homines* u hombres "de calidad", y en las ciudades los *cives*, "ciudadanos". La actitud del amo frente a ellos es diferente: a los primeros los trata como a hijos, sobrinos o yernos mientras que a los demás como miembros de la *familia* en su sentido original, es decir como miembros de su servidumbre. A la colectividad humana que está sometida no se le llama *populus* sino *plebs*. De esta última dice Benveniste que es quizá un derivado de la raíz *ple* que significa "estar lleno" y que dio lugar al griego *plethos*, muchedumbre.²¹ El "pueblo" de entonces no incluye pues a todos los habitantes. A cada grupo social le corresponde una categoría de percepción que lo designa. El significado de la reproducción según los grupos sociales está también lejos de responder a las mismas preocupaciones y objetivos.

En el mundo bizantino, el "pueblo" (*demos*) ya no es más que una figura de la liturgia imperial, "un grupo fijo que aclama al emperador en las ceremonias. El *demotes*, el 'hombre del pueblo', se reduce entonces a un hombre de la calle, cuando no a un vago". Además, la "ciudad" (*polis*) se ha convertido en una aglomeración fortificada (*kastron*) donde ya no hay "ciudadanos" (*politai*), sólo "habitantes" (*oiketores*).²²

²⁰ Aunque Foucault nunca publicó su cuarto tomo de la *Historia de la sexualidad* que él había titulado *Les aveux de la chair*, es posible encontrar algunas reflexiones al respecto aquí y allá en *Le souci de soi*, *op. cit.*, p.e. pp. 85 y 214; M. Foucault, *La volonté de savoir*, Gallimard, París, 1976; véase también: Jean-Louise Flandrin, *Le sexe et l'Occident*, Seuil, París, pp. 101-135.

²¹ Véase: Georges Duby, "Pouvoir privé, pouvoir public", en *Histoire de la vie privée. De L'Europe féodale à la Renaissance*, vol. II, Seuil, París, 1985, pp. 19-44; E. Benveniste, *Le vocabulaire...*, Vol. I, *op. cit.*, p. 366; Pierre Toubert, "Le moment carolingien (VIII^e-X^e siècle)", en *Histoire de la famille*, vol. I, *op. cit.*, pp. 333-359.

²² Véase: Evelyne Patlagean, "Byzance X^e-XI^e siècle", en *Histoire de la vie privée...*, vol. I, *op. cit.*, p. 545.

En castellano, Corominas señala la aparición de la palabra "población" en el año 1055 como derivada de "pueblo", a su vez del latín *populus*: "pueblo, conjunto de los ciudadanos".²³ Referencia interesante, sin duda, que hay que meditar a la luz del significado de la palabra en la época en que surge y que mantiene durante largo tiempo. Ya vimos anteriormente que ni el "pueblo" son todos ni tampoco los "ciudadanos" y que las categorías que se han utilizado para designar a uno u otro excluyen necesariamente a otros grupos sociales.

Según Philippe Ariès, "primero la Iglesia, en los siglos XII-XIII, después el Estado, desde el siglo XVIII introducen el matrimonio en el dominio de las instituciones fundamentales de la cultura escrita y del espacio público que ellas constituyen". Así, la doctrina cristiana sobre el matrimonio, en su nueva etapa, plantea la idea de la necesidad de la indisolubilidad del mismo, y de ser un rito privado pasa a depender de la autoridad de la Iglesia; el espacio autorizado para la procreación legítima se reduce y se refuerza; es una doctrina dirigida principalmente a los laicos letrados de la aristocracia.²⁴

En las reseñas que hace Gonnard de diversas doctrinas es prácticamente imposible determinar los usos de la palabra "población".²⁵ Como él la emplea en el sentido de la estadística y la demografía y para todas las épocas, da la impresión de que la palabra siempre existió y que la inquietud por el aumento o la disminución de la reproducción siempre se refirió a una determinada totalidad a la entienden esas disciplinas. Sin embargo, es posible pensar hipotéticamente que, dadas las pretensiones universalistas del cristianismo, la preocupación acerca de la reproducción en los escritos de los teólogos haya tendido a no excluir a ninguna categoría social, pues el interés estaba centrado en la institución matrimonial, dominio legítimo para llevarla a cabo; de ahí entonces la probabilidad de que el primer significado totalizador de la palabra "población" haya sido justamente el dado por el cristianismo y que las limitaciones del sentido puedan quizá ser encontradas en las obras de los escritores laicos que piensan más en los intereses del Estado. En esta lógica, el "pueblo" o el "rebaño" del Señor no significarán lo mismo que el "pueblo" o la "población" de una comunidad política.

VI

El siglo XVII marca una nueva etapa en la creación del sentido acerca de la "población". Sacerdotes, comerciantes, administradores, astrónomos

²³ J. Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*.

²⁴ Véase: Philippe Ariès, "Le mariage indissoluble" en *Communications*, núm. 35, Seuil, París, 1982, pp. 123-137.

²⁵ René Gonnard, *Historia de las doctrinas de la población*, CELADE, Santiago de Chile, 1972.

y médicos, en particular ingleses y holandeses, serán los principales representantes de lo que se denomina entonces aritmética política.²⁶ El término fue inventado entre 1672-1676 por William Petty, pero es la obra de John Graunt, *Bills of Mortality*, publicada en 1662, la que inaugura la aplicación de técnicas contables y de cálculo a los seres humanos, y la que se considera como el inicio de la "demografía". Tomar al ser humano como un número e incluirlos a todos era simplemente impensable en la antigüedad; no podían imaginarse enumerar al mismo tiempo a las diversas categorías sociales, no contaban con una abstracción totalizadora que diluyera las diferencias. Preparado el terreno, en cierta forma, por el significado que el cristianismo le daría al "pueblo" o al "rebaño", el paso siguiente era recuperar esa abstracción y condensarla en el número.

Es, como dice Foucault, una nueva configuración epistemológica, el "racionalismo", la que empieza a definirse y en donde es posible pensar lo que antes parecía imposible; "el siglo xvii señala la desaparición de las viejas creencias supersticiosas o mágicas y, por fin, la entrada de la naturaleza en el orden científico". La *episteme* clásica, continúa, presenta dos características esenciales en su relación con la *mathesis*, "entendida como ciencia universal de la medida y del orden": 1) "las relaciones entre los seres se pensarán bajo la forma del orden y la medida, pero con ese desequilibrio fundamental que consiste en que siempre se pueden remitir los problemas de la medida a los del orden", y 2) "esta relación con la *mathesis* [...] no significa una absorción del saber en la matemática, ni que se funde en ella todo conocimiento posible, por el contrario, en correlación con la búsqueda de una *mathesis*, se ve aparecer un cierto número de dominios empíricos que hasta entonces no habían estado formados ni definidos"; además "la disociación del signo y de la semejanza a principios del siglo xvii ha hecho surgir estas figuras nuevas que son la probabilidad, el análisis, la combinatoria, el sistema y la lengua universal, no como temas sucesivos que se engendren o se expulsan unos a otros, sino como una red única de necesidades".²⁷

La aritmética política no nace de los censos, como podría creerse en un primer momento, sino de la banca y los negocios, del desarrollo de los seguros. La noción de riesgo, determinante en esos campos, conocerá el éxito no sólo en el terreno del cálculo de probabilidades, estará también presente en la conformación misma del Estado providencia, como lo señala Ewald,²⁸ y se extenderá cada vez más a diversas modalidades de lo social. La aritmética política contiene ya los elementos de lo que serán

²⁶ Esta sección, donde se habla de aritmética política, estadística, demografía y censos es, en su mayor parte y salvo otras indicaciones, una síntesis del interesante libro, único en su género según mis conocimientos, de Jacques y Michel Dupâquier, *Histoire de la démographie*, Librairie Académique Perrin, París, 1985.

²⁷ M. Foucault, *Las palabras y las cosas*, Siglo XXI, México, 1986, pp. 61, 63, 69; M. Foucault, *La arqueología del saber*, Siglo XXI, México, 1984.

²⁸ Cf. François Ewald, *L'État providence*, Grasset, París, 1986.

posteriormente la estadística, la demografía y la economía política. La palabra "estadística" fue inventada por universitarios alemanes en el siglo xviii y recuperada para sí por los aritméticos políticos en el xix. En cuanto a la palabra "demografía", es consagrada en 1855 por Achille Guillard en el título mismo de su obra: *Éléments de statistique humaine, ou démographie comparée*. Los alemanes preferían hablar de "poblacionística" o "demología". Por lo que respecta a "población", Sauvy²⁹ nos remite a la obra de Mirabeu, *Traité sur la population* (1755), donde se consigna su significado "ya no como la acción de poblar, sino como el conjunto de los habitantes". Podemos ver ahora las transformaciones del sentido que *demos* y *populus* adquieren en esos nuevos saberes que empiezan a dibujarse. Hay un siglo de diferencia entre lo que parece ser la codificación más importante del significado de la palabra "población" y la denominación de la disciplina que la reivindicará como objeto de estudio según ciertos atributos; la íntima asociación de "población" y "demografía" con su significado estadístico continuará hasta nuestros días, como se desprende de las definiciones de los diccionarios, incluso los especializados.³⁰

De las "condiciones de posibilidad", como diría Kant, de las condiciones que contribuyeron al surgimiento de la estadística y la demografía se retienen: la generalización del uso del papel en los siglos xiv-xv; la lectura moderna, con los ojos, a partir del siglo xiii; la conformación de grandes Estados monárquicos; los censos y los registros eclesiásticos; el desarrollo del pensamiento político y la ideología poblacionista; y, en particular, la reducción de todos a la condición de sujetos, es decir de unidades intercambiables y adicionales, provocada por un poder central fuerte, como lo señalan los Dupâquier y P. Chaunu en el prefacio a su libro.

El pensamiento acerca de la reproducción, por su parte, comienza ya desde el siglo xv a relacionarse cada vez más con cuestiones económicas: efectivos totales, tierras (extensión, propiedad, fertilidad), alimentos, comercio, industria, sin perder de vista el fin mayor, la grandeza y fortaleza del Estado. El mercantilismo y la fisiocracia son ejemplos de esta tendencia. La diferencia respecto al pensamiento antiguo es que ya no se habla o parece que ya no se habla de una sola categoría social en especial, pues la palabra para designar el objeto de preocupación, que sigue siendo durante largo tiempo el mismo *signans*, adquiere un nuevo *signatum*: hace a todos iguales en el lenguaje y en los campos de saber que se lo apropiaban y reivindican para sí ese uso particular. Se crea una categoría de percepción del mundo social como objeto matematizable. La estadística y la demografía, dice P. Chaunu, "derivan de herramientas y de una mentalidad que no puede aparecer más que en las sociedades conscientes de

²⁹ Cf. *Dictionnaire alphabétique et analogique de la langue française*, PUF, París, 1955.

³⁰ Véase p.e. Roland Pressat, *Dictionnaire de démographie*, PUF, París, 1979.

la dificultad de hacer converger voluntades individuales". La unidad de la diversidad encontrará su representación en el número.

En estas condiciones, los censos adquieren mayor relevancia para mejorar las técnicas administrativas de los grandes Estados. Originalmente el *census* es una operación técnica cuyo objeto es estimar la fortuna de los ciudadanos y clasificarlos. El encargado de cumplir esta función es un magistrado, el *ensor*, quien se ocupa también del reclutamiento del senado, de vigilar las costumbres y de reprimir los excesos de toda naturaleza, de ahí *censura* y su sentido moral. Dumézil anota que "el sentido técnico de *ensor* y *census* no debe ser un sentido secundario, sino retener lo esencial del sentido primario. En el origen, hay que plantear sin duda una concepción político-religiosa como: situar (un hombre o un acto o una opinión, etcétera) en su lugar jerárquico justo, con todas las consecuencias prácticas de esta situación, y ello mediante una justa estimación pública, mediante un elogio o una reprobación solemne".³¹

Los censos son tan antiguos como los Estados centralizados; se interrumpieron durante la Alta Edad Media y resurgen a partir del siglo XIII. Los datos recabados son considerados secreto de Estado —los números sirven para impresionar y además se les atribuye un poder mágico— y no será sino hasta 1762 que Suecia rompe con esa práctica al publicar sus estadísticas de población según edad, sexo y fecundidad. En cuanto a los registros de nacimientos, defunciones y matrimonios, en Europa, eran realizados por la Iglesia, pero en 1792 la Francia revolucionaria establece que esas tareas deberán cumplirlas los oficiales municipales. El cambio no es sólo de forma, el Estado muestra su poder frente a la Iglesia y se reserva un dominio de saber. Los demás Estados liberales seguirán el ejemplo en la primera mitad del siglo XIX.

VII

Si la Edad Media produjo un discurso sólidamente unitario acerca de la carne y la práctica de la penitencia, dice Foucault, a partir del siglo XVII lo que se observa es una multiplicación de discursividades diversas que toman cuerpo en la demografía, la medicina, la biología, la pedagogía, etcétera.³² El siglo XVIII verá aparecer como problema económico y político a la "población"; esto será "una de las grandes novedades de las técnicas de poder". Los gobiernos ya no piensan sólo en "sujetos" o en el "pueblo", sino en una "población", entendida a la manera de la "demografía" —ya vimos antes que en esa época todavía no encuentra su designación como disciplina especializada pero ya empieza a definir las variables propias de su objeto— y de la medicina, también en formación.

³¹ G. Dumézil, *Servius et la Fortune*, citado por E. Benveniste, *Le vocabulaire re...*, vol. II, *op. cit.*, pp. 144-145.

³² Cf. para los siglos XVII-XIX: M. Foucault, *La volonté...*, *op. cit.*

Atento a las palabras y a sus significados, Foucault nos indica justamente las asociaciones de sentido que el poder político retomará en ese primer momento para la elaboración de sus discursos en ciertos campos y la delimitación de sus áreas de intervención. Observa que en el fondo de esa problematización económica y política de la "población", lo que está en juego es el sexo como terreno de disputa, pero no de cualquier naturaleza sino público. La "población" es vista como objeto de estudio y como blanco de intervención, pero éste tendrá que pasar necesariamente por la dimensión sexual. De ahí que a partir del siglo XVIII se desarrollen dispositivos específicos de saber y de poder acerca del sexo. El autor señala básicamente cuatro: la histerización del cuerpo de la mujer; la pedagogización del sexo del niño; la socialización de las conductas procreativas; y la psiquiatrización del placer perverso. Nos interesa destacar sobre todo del primero, el análisis mediante el cual se pone al cuerpo de la mujer en comunicación orgánica con el cuerpo social, el espacio familiar y la vida de los hijos; y del tercero los tres tipos de socialización que le dan contenido: 1) la socialización económica, que se refiere a las incitaciones o frenos a la fecundidad de la pareja a través de medidas fiscales o "sociales"; 2) la socialización política que consiste en la responsabilidad de las parejas respecto a todo el cuerpo social; y 3) la socialización médica, que otorga un valor patógeno, tanto para el individuo como para la especie, a las prácticas de control de nacimientos. Estos dominios van a adquirir una importancia creciente, de tal manera que a finales del siglo XVIII, dice Foucault, nace una tecnología del sexo que se desarrollará en tres ejes principales: la pedagogía, que tratará la sexualidad del niño; la medicina, que se interesará en la fisiología sexual de la mujer; y la "demografía", que se preocupará por la regulación espontánea o concertada de los nacimientos. Estamos ya en la era de lo que él llama "biopoder", es decir en la era propia del poder moderno que se despliega en el terreno de la vida. Este poder se empieza a desarrollar desde el siglo XVII, primero como "anatómo-política" del cuerpo humano: éste es visto como máquina y de ahí se derivan las disciplinas del cuerpo; y desde mediados del siglo XVIII el interés se centra en el "cuerpo-especie": es la "biopolítica", de donde se desprenden intervenciones y controles reguladores de la "población".

Sin ser la primera obra al respecto, pero que marca la tendencia a la institucionalización de uno de los puntos clave de la nueva configuración epistemológica, el *Ensayo* de Malthus³³ codifica el desplazamiento del sujeto de preocupación acerca de la procreación. Si, como ya hemos visto, en otras épocas el interés está centrado fundamentalmente en los ciudadanos libres, en adelante es la reproducción de los pobres la que se problematiza. Ya no es el *logos* el que guía la acción de los ciudadanos libres en el terreno de la reproducción; es la razón encarnada en las cla-

³³ Véase: T. R. Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*, FCE, México, 1977.

ses dominantes quien determina que los modos de reproducción de los pobres deben ajustarse al de aquéllas. En la era del *homo economicus*, los dominantes ya son virtuosos; lo que hay que hacer es difundir su *ethos* entre los pobres para que lo incorporen como propio; algo así como la búsqueda del efecto *allodoxia* del que habla Bourdieu;³⁴ es decir el reconocimiento y la incorporación de esquemas de percepción y apreciación ajenos como si fueran propios. Para Malthus, la “población” son los pobres; en este sentido, su significado está más cercano a *plebs* que a *populus*.

La propuesta de Malthus es el ascetismo sexual, la negación del placer de la carne. La finalidad del acto sexual debe ser únicamente procreativa y limitada al número de bocas que se puedan mantener. Le atribuye a su abstracción del pobre la necesidad de la incorporación de la racionalidad teórica del *homo economicus*. No piensa en una regla de conducta encaminada a una estilización de la vida y los placeres como los moralistas de las sociedades griegas y greco-romanas, Malthus eleva a la categoría de máxima moral la codificación que hace la pastoral de la carne acerca de la sexualidad, es decir de lo permitido y lo prohibido, del bien y del mal, de la salvación y del pecado. No acepta el uso de métodos anticonceptivos para evitar los nacimientos. Para él, las estrategias adecuadas son el celibato y la castidad, en otros términos es el ideal monacal que se presenta como máxima moral y regla de conducta virtuosa.

Cuando Malthus atribuye a Platón y a Aristóteles el haber percibido ya lo que él denomina “principio de población”, olvida decir que esos filósofos estaban pensando en la élite social griega, es decir los ciudadanos libres, mientras que él piensa en los pobres de la Inglaterra de los siglos XVIII-XIX: un enorme desplazamiento del sujeto de preocupación, nada más y nada menos. En el *Ensayo* es observable la alquimia favorita de los codificadores del sentido común, es decir, la conversión de los fenómenos de naturaleza social en fenómenos de naturaleza “natural”, como diría Bourdieu. Marx calificó al “principio de población” como el disfraz económico del pecado original.³⁵

Según Foucault, el dispositivo de sexualidad y la tecnología del sexo se constituyeron por y para la burguesía, la clase que comenzaba a ser hegemónica en el siglo XVIII. Para ella, la afirmación del cuerpo fue una de las formas primordiales de la conciencia de clase; pero lo que en ella fue un elemento de autoafirmación, al difundirse entre el proletariado se hizo como instrumento de su hegemonía. A éste no se le reconocía un cuerpo y una sexualidad, y si se hizo fue porque antes hubo conflictos acerca del espacio urbano (cohabitación, epidemias, enfermedades venéreas, etcétera); urgencias económicas (desarrollo de la industria pesada

³⁴ Cf. Pierre Bourdieu, *La distinción crítica social del juicio*, Les Editions de Minuit, París, 1979; P. Bourdieu, *Homo Academicus*, Les Editions de Minuit, París, 1984.

³⁵ Cf. K. Marx, *El Capital*, vol. I, FCE, México, 1975, p. 520.

y necesidad de mano de obra estable, etcétera); y la puesta en marcha de una tecnología de control (política del *habitat*, higiene pública, escuela, instituciones de socorro y de seguros, etcétera). Así, al final del siglo XIX, el dispositivo de sexualidad será difundido a todo el cuerpo social. Se acompaña de la estigmatización de los modos de reproducción de las clases sociales dominadas y de la introducción del modelo de ascetismo reproductivo como acción normalizadora.³⁶ Nos encontramos ya en los inicios del Estado providencia, en la era de la administración de los cuerpos y la gestión calculadora de la vida, como dice Foucault, quien agrega que la sociedad normalizadora es el efecto histórico de una tecnología del poder centrada en la vida.

VIII

Los antecedentes de lo que hoy conocemos como Welfare-State, Estado providencia o Estado de bienestar, pueden encontrarse ya en Leibniz,³⁷ en uno de sus escritos donde trata acerca de los seguros. Preocupado por cuestiones políticas y sociales y como consejero de príncipes y gobernantes, Leibniz desarrolla allí sus tesis concernientes a la seguridad y al bienestar general (*wohlfahrt*); para ello se inspirará en los cálculos de los seguros marítimos. Incluirá además sus ideas sobre la armonía —que en él implica una tensión constante y no la ausencia de conflictos— y la sociedad justa, para sugerir que la colectividad se haga cargo de los desfavorecidos, mediante cotizaciones a una caja pública de servicios sociales. Leibniz también anticipa, dice la autora, el papel que el Estado puede jugar como asegurador general, pues si *civitas* y *societas* no se confunden, tampoco se oponen en su escrito.

F. Ewald³⁸ señala que la noción de riesgo apareció a fines de la Edad

³⁶ "Es en relación a una medida juzgada válida y deseable —y por lo tanto en relación a una norma— que hay exceso o falta. Definir lo anormal como demasiado o demasiado poco, es reconocer el carácter normativo del estado llamado normal [...] Entre 1759, fecha de aparición de la palabra normal, y 1834, fecha de aparición de la palabra normalizado, una clase normativa ha conquistado el poder de identificar —bello ejemplo de ilusión ideológica— la función de las normas sociales con el uso que ella misma hacía de aquellas cuyo contenido ella determinaba" (G. Ganguilhem, *Le normal et le pathologique*, PUF, París, 1966, pp. 25, 18, 1283).

³⁷ Véase: Eliane Allo, "Un nouvel art de gouverner: Leibniz et la gestion savante de la société par les assurances", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 55, noviembre 1984, pp. 33-40.

³⁸ Véase su notable estudio acerca del Estado providencia en F. Ewald, *op. cit.*; para el caso mexicano, y aunque el interés explícito del autor no es el mismo, véase: Moisés González Navarro, *La pobreza en México*, El Colegio de México, México, 1985. Este libro se deja leer con el esquema teórico de Ewald, pues en él se puede apreciar las problematizaciones acerca de la pobreza y cuáles fueron las acciones privadas y públicas que se instituyeron para tratar de encontrarle una solución. En otros términos, ahí se evocan las condiciones que hicieron posible el surgimiento del Estado providencia en México. En su sentido moderno éste comenzaría a dibu-

Media relacionada con los seguros marítimos y designaba entonces la eventualidad de un riesgo objetivo. En el siglo XIX, la noción no se aplica únicamente a la naturaleza sino al hombre mismo: el riesgo es social. El esquema liberal, centrado en el principio de responsabilidad, considera a la pobreza como motivo de obligaciones sociales. La caridad cristiana deja su lugar a la beneficencia, de ahí el surgimiento de cajas de ahorro, mutualistas, seguros populares, etcétera. Pero a fines del siglo XIX aparece un nuevo esquema, el de la solidaridad, que está inspirado en los seguros y que corresponde a la lógica del cálculo de probabilidades. La solución al conflicto de responsabilidades que surge entre obreros y patrones se buscará en la "razón probabilística". Y es justamente el cálculo de probabilidades aplicado al gobierno de la sociedad lo que Ewald considera como el acontecimiento político más importante de los dos últimos siglos. Agrega que ese cálculo y la estadística marcan el paso del "individuo" a la "masa" y constata que la "población" era equivalente a la suma de los habitantes de un país, que no tenía cualidades propias, que era una suma pasiva. El Estado providencia es una figura política que nace de ese esquema y cuyos cuatro grandes significados son: 1) estar ligado al advenimiento de las sociedades industriales; 2) en él, el socorro, además de haber ya perdido su significado religioso, pierde su dimensión moral y sólo tiene que ver con el derecho; 3) cumple el sueño de lo que Foucault llamaba "bio-poder"; 4) marca el fin de las doctrinas del derecho natural y la aparición del derecho "social".

Ewald afirma que Napoleón III ya había percibido la importancia de la seguridad social desde mediados del siglo XIX, pero que debido a la resistencia de intereses privados y a la fuerza de la doctrina de la no intervención del Estado el proyecto no se llevó a cabo. Será Alemania, con Bismarck a la cabeza, el primer país en dotarse de un sistema de seguros sociales, como lo señalan las leyes sobre seguro de enfermedad (1883), accidentes de trabajo (1884) y de invalidez (1889). El autor considera que el nacimiento del Estado providencia marca también el de la modernidad política pues con la seguridad social lo que se instituye como una especie de programa es la adecuación de la sociedad a ella misma.

El siglo XIX es también el de la institucionalización de la estadística y por consiguiente de la demografía. En un principio se crean sociedades de estadística, compuestas por estadísticos oficiales, sabios, matemáticos, actuarios, médicos, ingenieros, etcétera, que ofrecen sus servicios al Estado. En la segunda mitad, los gobiernos tienden a inmiscuirse en los asuntos de esas sociedades y comienzan a burocratizarlas; el personal estará representado entonces por economistas y estadísticos profesionales. La integración de los departamentos de estadística a los ministerios del interior y las relaciones orgánicas entre sociedades de estadística y gobierno son un modelo que surge en esa época y persiste hasta nuestros días. El éxito

jarse a partir del gobierno de Cárdenas y en particular del de Ávila Camacho pues el Seguro Social se crea en 1942.

de las estadísticas nacionales tiene que ver, según los Dupâquier, con el triunfo del positivismo como método y con la ideología del progreso.³⁹ Los censos son vistos como herramientas científicas, medios de control de la "población" y afirmación de la potencia del Estado, agregan. La demografía, por su parte, se empieza a desprender de la estadística y a tratar de constituir un dominio propio; y según los autores, es Lotka, a principios del siglo xx, con sus modelos de poblaciones estables y la introducción del cálculo diferencial, el que va a renovar los marcos en los que se venía desarrollando la demografía.

IX

Dice Foucault que fue el retiro de la *mathesis* y no el avance de las matemáticas lo que posibilitó la constitución del hombre como objeto de estudio.⁴⁰ Lo califica como un acontecimiento en el orden del saber que surge en una redistribución general de la *episteme* en el siglo xix. Las "ciencias del hombre" están constituidas por tres dominios o "regiones epistemológicas", la psicológica, la sociológica y la de las leyes y formas del lenguaje, relacionadas a su vez con tres modelos de conocimiento del hombre: el biológico, el económico y el filológico. La característica esencial de las ciencias del hombre es que para ellas la representación no es sólo un objeto de estudio sino la base general de su forma de saber, "aquello a partir de lo cual es posible", de ahí su trabajo desmitificador incesante.

El cruce particular entre demografía, estadística, biología y sociología va a dar sin duda resultados interesantes que se observarán sobre todo en el siglo xx, pero también arrastrará consigo una confusión e imprecisión en la utilización de la noción de "población" que el discurso político terminará por consagrar.

Hegel hablaba ya de esos conceptos que no son tales porque de él sólo retienen el momento universal y dejan escapar la particularidad, la singularidad.⁴¹ Marx retomará esa idea y afirmará que la población es una abstracción si se dejan de lado las clases de que se compone y los demás elementos que esto presupone hasta llegar a las nociones más simples; de esa manera podrían reconstruirse las determinaciones y relaciones complejas que darían contenido a esa abstracción, pues de lo contrario se tendría una visión caótica del conjunto.⁴² La demografía, derivada originalmente de la aritmética política y la estadística, se refiere a su categoría general y constitutiva, la "población", como a algo que no puede conceptualizarse, sino únicamente describirse en su variedad de sinónimos,

³⁹ Véase: J. y M. Dupâquier, *op. cit.*; también: John Bury, *La idea del progreso*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.

⁴⁰ Cf. M. Foucault, *Las palabras...*, *op. cit.*, pp. 334-375.

⁴¹ Cf. G. W. F. Hegel, *Encyclopédie des Sciences Philosophiques. La Science de la Logique*, Vrin, París, 1970, p. 242.

⁴² Cf. K. Marx, *Grundrisse*, vol. I, *Anthropos* (10/18), París, 1968, p. 59.

como cualquier identidad de tipo matemático, como en un cierto juego de espejos; se reduce a una unidad primigenia, a sus atributos matemáticos. Su mayor virtud en su propio dominio de saber es también el mayor obstáculo para el conocimiento en otros como el de la sociología o la política; porque transplantada sin mayor análisis pretende significar aquello que no dice; como categoría de percepción ya codificada y con determinado valor heurístico en un campo de saber, al pasar a otro constituye más bien el principio de la interrogación epistemológica.

En el pensamiento griego la preocupación principal acerca de la reproducción está referida a los ciudadanos libres varones (*polites*) y lo mismo sucede en la Roma imperial respecto a los *cives*; el "pueblo" de entonces es una categoría que designa a un grupo social particular. Aunque por la influencia de la moral que, según P. Veyne, los estoicos sólo codificaron como versión docta de la que ya tenía una influencia social considerable, el matrimonio se extiende a los esclavos, su reproducción no tiene el mismo valor en la preocupación de los pensadores de entonces. Las élites se piensan a sí mismas y para sí mismas, no inventan ninguna categoría con pretensiones universalistas. El surgimiento mismo de la palabra "población", como derivada de *populus* no tiene una relación directa con ello; sigue siendo una categoría limitada y diferente a las anteriores; el universo que designa y en el que se piensa también ha sufrido transformaciones. La verdadera revolución del sentido se encontrará en el significado que la aritmética política, la estadística y la demografía le darán a esa categoría para poder efectuar en el universo social las mediciones y cálculos aplicados ya a las cosas. Y si bien es cierto que desde épocas muy antiguas han realizado censos, las enumeraciones son de hombres y cosas pero no de *todos* los hombres sino sólo de ciertas categorías sociales, p.e. guerreros, y además no existe ninguna categoría de percepción que englobe a la totalidad social ni que tenga esa pretensión explícita. El universo mental o la configuración epistemológica son simplemente otros.

Los aztecas, p.e., designaban a los diversos grupos sociales con categorías determinadas: *tecuhtli*, "dignatario", "señor"; *pilli*, hijo de *tecuhtli*, "hidalgo"; *macehualli*, "plebeyo"; *tlalmaitl*, campesino sin tierra; *pochteca*, comerciante; *tlacotli*, esclavo.⁴³ A cada grupo social una categoría; es un lenguaje en el que no es posible imaginar la unión simbólica de lo que en la sociedad son separaciones jerárquicas, como si al inventar la palabra ésta poseyera el poder mágico de constitución de la cosa. Quien designa, quien posee la autoridad requerida para hablar y definir las cosas, quien tiene el poder de imponer el sentido, llama a la existencia aquello que nombra: el *rex*⁴⁴ antiguo o el *tlatoani*.⁴⁵

⁴³ Cf. Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, FCE, México, 1956.

⁴⁴ Cf. E. Benveniste, *Le vocabulaire...*, vol. II, *op. cit.*, p. 15.

⁴⁵ Cf. J. Soustelle, *op. cit.*, p. 94.

La Conquista impone también una lengua y el universo simbólico que ella transporta. La palabra "población" se introduce por el castellano y define a una colectividad particular; se refiere al "pueblo", es decir a los grupos sociales con derechos ciudadanos, lo que significa muy poca gente y la exclusión de la mayoría. Desde un principio la categoría es excluyente y es de pensarse que así se percibía por quienes eran tomados en cuenta y por quienes no.

La noción de "población" tiene sentido en demografía si por ella se entiende algo equivalente a habitante, donde lo que importa no es el estatus social del universo de referencia sino su existencia misma, la ocupación de un lugar en un espacio delimitado, en un territorio. Ya hemos visto que la "población", como derivada de "pueblo", nunca ha sido la totalidad más que en un cierto tipo de saber, en un cierto tipo de discurso que surge en las sociedades llamadas modernas, que aparece en el capitalismo y se asocia a la burguesía como clase hegemónica. "Población" realiza en el lenguaje lo que la práctica social niega constantemente. Si bien en sociología la noción de sociedad se refiere también a una totalidad, la sociología como disciplina científica no se construye sino determinando las particularidades constitutivas de esa abstracción, refiriéndola a contenidos empíricos y desmistificando las pretensiones de validez universal de las categorías de percepción del mundo social; de ahí que sea desde su campo donde se origina la crítica de la noción de "población" y que sea ella la que haga resaltar los problemas que conlleva su transplante mecánico a otras disciplinas del saber.

La estadística y la demografía pueden decir "la población somos todos"; y la política podría responder parafraseando a Orwell: "pero alguno son más población que otros". Esta distinción no es perceptible si al analizar el discurso y la práctica políticas tenemos sólo en mente el significado que las primeras le dan a la palabra, es decir, si pensamos el campo semántico y praxis en el que la política despliega su significado y le da contenido, como si se tratase de los de aquéllas. La demografía ha contribuido a la confusión al jugar al mismo tiempo en tres campos: el de la estadística, el de la biología y el de sociología. De estas tres, es a la última a la que corresponde el poner las bases para interrogarla en su función política, de lo contrario podría serle sometida como otra disciplina que conforma una razón instrumental.⁴⁶ Tiene razón Barthes cuando dice que "población" es una palabra preferida del vocabulario burgués: "sirve de antidoto a clases, demasiado brutal, y además 'sin realidad'. Población se encarga de despolitizar a la pluralidad de grupos y minorías, relegando los individuos a una colección neutra, pasiva".⁴⁷ De lo anterior se des-

⁴⁶ De ella dice Horkheimer que su carácter se ve acentuado por el pragmatismo y que no tiene más que un criterio: "su valor operativo, su papel en la dominación de los hombres y de la naturaleza" (Max Horkheimer, *Eclipse de la razón*, Payot, París, 1974, p. 30).

⁴⁷ Roland Barthes, *Mythologies*, Seuil (*Points*), París, 1957, p. 141.

prende que hay que diferenciar la función de la categoría "población" en por lo menos tres universos: en los estudios demográficos y de otros campos del saber como abstracción estadística; en el campo político, donde va a funcionar de manera especial, incluyendo a todos en el lenguaje y excluyendo a otros en la práctica; y en el lenguaje común, para "facilitar" la comunicación, pero al mismo tiempo como categoría de percepción legítima incorporada que subsume las diferencias sociales en una abstracción que las incluye de alguna manera en su descomposición censal, con las limitaciones propias de los criterios de clasificación utilizados. Esta diferenciación metodológica no implica que exista una separación real entre esas dimensiones; al contrario, es su articulación operativa lo que le da solidez al éxito social de la noción.

X

Tenemos ya aquí las condiciones de posibilidad de una reflexión acerca de la procreación en nombre de todos y de su gestión social. El dispositivo de sexualidad se socializa a través del Estado providencia. Y aunque el interés de los Estados sigue siendo, en general, favorable al incremento de la reproducción, tanto por el lado de los simpatizantes de las tesis malthusianas como por el de algunas agrupaciones inspiradas en el socialismo, surgen agentes activos que promueven, por razones diferentes, el ascetismo reproductivo entre las clases trabajadoras. Hay que señalar que no es sino hasta 1875 que se establece la verdadera naturaleza de la fecundación,⁴⁸ lo que no significa que los métodos anticonceptivos hayan sido desconocidos hasta entonces, pues de hecho su uso se remonta a épocas muy antiguas y a diversas culturas,⁴⁹ pero sí que los interesados puedan orientar su preocupación hacia un fin con mayores probabilidades de éxito.

La industrialización creciente y las dos grandes guerras del siglo xx reforzaron la idea del aumento y mantenimiento de los efectivos nacionales. Foucault considera la década 1940-1950 como una época en la que se establece una nueva política del cuerpo.⁵⁰ Particularmente el año 1942, fecha en que se elabora el Plan Beveridge en Inglaterra y se consolida un nuevo derecho: el relativo a la salud. De ese plan, que servirá de modelo para la organización de la salud en muchos otros países, el autor retiene especialmente lo siguiente: 1) es el Estado el que se hace cargo de la salud, pero con una diferencia respecto a lo que de alguna manera venía haciendo desde el siglo xviii y hasta mediados del siglo xx: "el concep-

⁴⁸ Cf. Pierre Darmon, *Le mythe de la procréation à l'âge baroque*, Seuil, París, 1981.

⁴⁹ Véase: A. Netter y H. Rozenbaum, *Histoire illustrée de la contraception de l'Antiquité à nos jours*, Les éditions Roger Dacosta, París, 1985.

⁵⁰ Véase: Michel Foucault, "La crisis de la medicina o la crisis de la antimedicina", en *Educación médica y salud*, vol. 10, núm. 2, 1976, pp. 152-169.

to del individuo en buena salud para el Estado se sustituye por el del Estado para el individuo en buena salud"; 2) surge una nueva moral del cuerpo: "ya no se habla de la obligación de la limpieza y la higiene para gozar de buena salud sino del derecho a estar enfermo cuando se desee y necesite"; 3) la entrada de la salud en el campo de la macro-economía: "por intermedio de la salud, de las enfermedades y de la manera en que se cubrirán las necesidades de la salud se trata de proceder a cierta redistribución económica"; y 4) la salud se convierte en objeto de lucha política. Foucault afirma que lo que está surgiendo es una "somatocracia", de ahí la importancia que han adquirido la medicina y el poder creciente de los médicos: "Hoy la medicina está dotada de un poder autoritario con funciones normalizadoras [...] en el siglo xx los médicos están inventando una sociedad, ya no de la ley, sino de la norma. Lo que rige a la sociedad no son los códigos sino la perpetua distinción entre lo normal y lo anormal, la perpetua empresa de restituir el sistema de normalidad". El Estado providencia no es pues la filantropía encarnada, en él hay que ver "una de las numerosas reapariciones del tramposo arreglo entre el poder político manejado sobre sujetos legales y el poder pastoral manejado sobre vidas individuales".⁵¹

En los años cincuenta empieza a tomar forma una de las invenciones más recientes del bio-poder: el *homo neomalthusianus* como arquetipo de racionalidad reproductiva *urbi et orbi*. El neomalthusianismo de finales del siglo xix y principios del xx cobra un nuevo impulso gracias a tres condiciones fundamentales: los medios masivos de comunicación que facilitan la propaganda; la multiplicación y diversificación de la tecnología anticonceptiva, relacionada con las transnacionales de la industria farmacéutica; y el peso e importancia del Estado providencia, en particular el aparato de salud.⁵² La preocupación de esa corriente no se limita a los modos de reproducción de los pobres de un país en particular sino del mundo entero, y lo que propondrán como solución será el control natal visto como medida de bienestar o de salud y precondition para lograr el desarrollo. Si el dispositivo de sexualidad, en particular el ascetismo reproductivo, pasó de la burguesía al proletariado a finales del siglo xix como instrumento de la hegemonía de aquélla, a partir de los años cincuenta del siglo xx se preparan las condiciones para difundirlo e implantarlo entre las clases trabajadoras de todo el mundo, especialmente las de los países atrasados o atípicos respecto a la norma establecida por el occidente industrial y dominante. En este sentido puede decirse que los Estados Unidos se arrogan respecto al mundo el derecho y el deber que las

⁵¹ Michel Foucault, "Hacia una crítica de la 'razón política'", en Michel Foucault, *et al.*, *The taner lectures on Human Values*, University of Utah Press, Cambridge University Press, 1981, pp. 223-254, traducción de Sergio González Rodríguez en *La Cultura en México*, 3 de noviembre de 1982, núm. 1064.

⁵² Véase: Luis A. Astorga A., *Genealogía y crítica de la "política de población" en México*, Cuadernos de Investigación Social, núm. 16, IISUNAM, México, 1987.

burguesías europeas se habían arrogado respecto a las clases trabajadoras de sus países de origen. Lo que fue estrategia de una clase hegemónica es retomada por un país hegemónico.

Son miembros de las élites económicas de los Estados Unidos los que toman la iniciativa en esta tarea y empiezan a reclutar básicamente a médicos, biólogos, demógrafos y economistas para delinear el perfil de la nueva figura del bio-poder y elaborar la doctrina social que le dará sentido. Se organizan bajo la forma jurídica de instituciones privadas no lucrativas, de ahí que se anuncien y sean reconocidas sin mayor análisis como filantrópicas. Y sólo quien esté interesado únicamente en la presentación pública que esas instituciones hacen de sí mismas no podrá percibir que se trata de espacios de concentración de saber y de poder, cuyo objeto de reflexión y de experiencia son los cuerpos de aquellos que designan como "población", es decir los pobres. Crearán también una red de sucursales en todo el orbe hasta conformar una especie de internacional neomalthusiana; en este sentido es posible hablar del surgimiento de una figura paralela al *homo neomalthusianus* y complementaria: las multinacionales del control natal.

El trabajo persistente de las asociaciones privadas entre los círculos financieros internacionales y las élites políticas, económicas y culturales de los Estados Unidos y de los países atrasados tendrá tal éxito que el Banco Mundial integrará la nueva figura en su política de préstamos, el gobierno estadounidense en su política de ayuda exterior, y gobiernos de países pobres en sus programas de "desarrollo" bajo la forma de "políticas de población". La referencia obligada para fechar la codificación de esa idea es una reunión realizada en Caracas, en septiembre de 1967, copatrocinada por la OEA, la OPS, el Population Council y el Aspen Institute for Humanistic Studies, con la colaboración del gobierno de Venezuela; además, participaron, a título personal, ministros y otros funcionarios públicos procedentes de quince países, junto con expertos invitados. Ahí se estableció el sentido que la ONU se encargará de difundir como el legítimo: "debe entenderse por política de población el conjunto coherente de decisiones que conforman una estrategia racional adoptada por el sector público, de acuerdo con las necesidades y aspiraciones de la colectividad, para desarrollar, conservar y utilizar los recursos humanos influyendo sobre la magnitud y el crecimiento probable de la población, su distribución por edades, la constitución y composición de las familias, la localización regional o rural-urbana de los habitantes, y la incorporación a la fuerza de trabajo y a la educación, con el fin de facilitar los objetivos del crecimiento económico y posibilitar la participación en las responsabilidades y beneficios del progreso".⁵³ El Estado, en nombre de la racionalidad eco-

⁵³ "Declaración y Recomendaciones de la reunión sobre Políticas de Población en relación al desarrollo de América Latina", en *Demografía y Economía*, Vol. I, núm. 2, 1967, p. 410; véase también: CEPAL, *Población y Desarrollo en América Latina*, FCE, México, 1975.

nómica y de los intereses colectivos, se hará cargo de la "administración de los cuerpos y de la gestión calculadora de la vida". La figura del *homo neomalthusianus* se inscribe de esa manera como la aspiración del biopoder. La autorización, de parte de la FDA estadounidense, para la venta al público de la píldora anticonceptiva, en 1960, y la producción en masa de esta nueva y particular mercancía asegurada por las transnacionales de la industria farmacéutica, acercará aún más la virtualidad a una práctica efectiva.

XI

Hemos visto ya la formación de la noción de "población" y los significados que se le han atribuido; detengámonos ahora en la de "política de población". Si hemos de creer en lo que dice Aristóteles (*Política*) acerca del hombre como *zoopolitikon*, como animal político, como un ser por "naturaleza" político, como el sujeto y el objeto del arte de gobernar con miras al bien común en el marco social de la *polis*, y que es retomado por el pensamiento político moderno que piensa con las categorías de "población" y "Estado", entonces el agrupamiento de palabras que nos ocupa, al igual que el de "sociología de la población", es redundante y tautológico. Barthes señala que la tautología desconfía del lenguaje, lo rechaza porque le hace falta: "funda un mundo muerto, un mundo inmóvil". Es, continúa, mágica; el argumento de autoridad "es así porque es así", le sirve de escudo.⁵⁴ Llamar a la política, en particular a las acciones emanadas del poder estatal con miras a influir en los componentes demográficos, "política de población", no agrega nada al sentido. No existe ninguna política que no sea hecha por la "población" (por una parte de ésta) y que no esté encaminada a influir en ella directa o indirectamente; no hay más política que la realizada por los seres humanos en sociedad. Hablar de "política de población" no nos dice nada acerca de los actores sociales que hacen la política ni de aquellos a los que va dirigida. El término permanece en un nivel de indeterminación cuya validez y claridad se pretenden dadas y aceptadas generalmente; se trata de una articulación de palabras que quiere ser un reflejo o por lo menos una aproximación conceptual de una acción gubernamental en el terreno social determinada históricamente; no hay sujeto específico que realice la acción y su objeto es a la vez fácil y difícil de percibir. Fácil porque la "población" sería el todo; difícil porque es un todo homogéneo, en contradicción con la heterogeneidad social real.

Para el sentido común, "política de población" es efectivamente lo que los portavoces autorizados dicen que es y tiene las propiedades que le adjudican. Para el sociólogo, el problema se plantea en términos de conocimiento científico o de razón instrumental. No se trata de hacer una

⁵⁴ R. Barthes, *op. cit.*, p. 241.

crítica meramente semántica de la asociación de palabras, sino una crítica epistemológica que pasa necesariamente por una crítica del lenguaje, del signo verbal que quiere simbolizar una práctica social determinada y por una crítica de ésta.

Tradicionalmente, el interés ha sido puesto en la búsqueda de una definición que sintetice lo que los hacedores de la política quisieran que fuera su acción en el campo de la gestión de los cuerpos. Una definición que diluya los conflictos sociales e ignore en su contenido toda referencia explícita a los sujetos sociales que la han creado y a aquellos hacia los cuales va dirigida la acción. Una definición que por su grado de generalidad abarque mucho y diga poco en realidad, donde todo pueda caber de manera imprecisa; una definición que no implique generación de conocimiento sino pragmatismo político: el resultado es una definición creada por y para la razón instrumental. Así, en el discurso político, en particular el referido a la “política de población”, el uso de la categoría “población” es el de su significado estadístico y demográfico, es la unidad de la diversidad, de ahí la ilusión de su validez general, su pretensión de tratar a *todos* los grupos sociales como destinatarios de prescripciones que están pensadas para y van dirigidas sólo a algunos de ellos. La doctrina del ascetismo reproductivo, y las condiciones institucionales y tecnológicas necesarias para cristalizarla, elaborada y difundida de manera masiva a nivel mundial desde hace por lo menos tres décadas —institucionalizada en México a principios de los años setenta— será, a pesar de los rituales exorcismos retóricos de diversos funcionarios, el ejemplo más palpable de la principal preocupación gubernamental y del contenido de los planes de gestión de los modos de reproducción de las clases sociales dominadas.

Cuando se habla de política se habla de poder, de relaciones de fuerzas —la política entendida como la guerra por otros medios diría Foucault—; aplicada al terreno de la “población”, quiere decir las relaciones de fuerzas que se establecen para imponer los esquemas de representación legítimos acerca de lo pensable y lo enunciable en ese campo; relaciones de fuerzas que se condensan en y dan origen a instituciones autorizadas para difundir tales representaciones y contribuyen además a crear aquello que el discurso designa. Parafraseando a Bourdieu puede decirse que la “política de población” es una de tantas ficciones sociales que han tenido éxito; podría afirmarse que tiene las características de los enunciados performativos⁵⁵ (que contribuyen a crear el acto al nombrarlo); o para decirlo como Foucault, es una de las “prácticas que forman sistemáticamente los objetos de que hablan”,⁵⁶ de ahí pues la confusión y la amalgama entre positividad y explicación científica. De hecho, una de las razones principales del éxito de esa representación es su asimilación simbólica y práctica al Estado providencia. En la mente de la mayoría

⁵⁵ Cf. E. Benveniste, *Problemas...*, vol. I, *op. cit.*; P. Bourdieu, *Ce que parler veut dire*, Fayard, París, 1982.

⁵⁶ M. Foucault, *La Arqueología...*, *op. cit.*, p. 81.

de los agentes sociales, en sus mitologías sociales, está enraizada la idea del carácter redistributivo y consensual del Estado providencia: un solo lado de la moneda que crea una cortina de humo acerca de su significado como campo de luchas sociales; es como si su objetivo esencial, constituirse en el campo de la tregua social perpetua, fuera su esencia objetivada; se asimila la verdad científica a la objetivación social, su explicación fundada en la razón a su positividad. Se olvida que significa asimismo la imposición de esquemas de percepción, apreciación y representación que prescriben desde la manera legítima de consumir anticonceptivos, hasta la relación legítima de uno mismo respecto a su propio cuerpo, hacia el médico, hacia la institución de salud y hacia la sociedad misma: en él se realiza una forma de disciplinamiento del cuerpo, entendido éste como unidad equivalente e intercambiable y cuya sumatoria sería el cuerpo social, que parece tender hacia algo así como el "hombre unidimensional" del que hablaba Marcuse.⁵⁷

XII

Con la noción de "desarrollo" sucede algo similar a lo anotado anteriormente. Es una generalidad cuyo contenido puede ser infinito y comúnmente referido al "bienestar de la población". El problema consiste en saber quién juzga y denomina bienestar una serie de acciones que tienen significados y repercusiones diferentes para las diversas clases sociales. La idea de desarrollo está íntimamente ligada a la de evolución, de progreso, de avance hacia estadios superiores, o considerados como tales, de la humanidad; hacia algo más y mejor que se supone benéfico para las mayorías. La referencia obligada, el modelo, son aquellos países que se han juzgado a sí mismos y han sido reconocidos como desarrollados y en los cuales surgió históricamente la idea de progreso, al mismo tiempo que sus dominios coloniales y sus economías se expandían de una manera nunca antes vista. Es el camino que han seguido esos países el que se considera deseable para todos aquellos que no han tenido sus experiencias, para aquellos que consideran, y se consideran a sí mismos, subdesarrollados. Éstos aspiran a ciertos logros observados en los países modelo, pero los problemas se presentan cuando quieren seguir indiscriminadamente el camino recorrido por ellos o cuando se enfrentan a las trabas impuestas por las nuevas modalidades de la colonización y a las hegemonías internas.

En una sociedad dada, hablar de la relación entre "población" y "desarrollo" sin referirse a la determinación, el contenido, la substancia de cada una de esas nociones, no nos lleva muy lejos. No incluyen el conflicto, la negación como elemento dinámico de su interrelación, plantean

⁵⁷ Véase: Herbert Marcuse, *L'Homme unidimensionnel*, Les Editions de Minuit, París, 1968; también: Jürgen Habermas, *La technique et la science comme 'idéologie'*, Gallimard, París, 1973.

más bien la armonía como su esencia. Al considerar como punto de partida la ausencia de oposición, todas las relaciones e implicaciones que de allí se desprenden forman un conjunto de abstracciones encadenadas lógicamente, pero sin referente empírico identificable, o apenas identificable pero aseptizado ya que introduce el consenso allí donde difícilmente se da, allí donde más bien se negocian compromisos o se imponen voluntades e intereses de grupos. Piénsese en las diferencias entre los análisis que utilizan las categorías “población” y “desarrollo” y los que se refieren a las “clases sociales” y “modelo de acumulación”. No implican solamente una manera de percibir el mundo social y representárselo de cierta forma, sino una actitud frente a él⁵⁸ y una actividad práctica que puede desembocar en otra forma de hacer política.

El modelo inherente cuando se habla de desarrollo es el de las sociedades industrializadas y urbanas; todas aquellas que no correspondan a ese patrón serán consideradas subdesarrolladas o en vías de desarrollo; de esa asimilación se desprende igualmente el camino que éstas deberán seguir para acceder a los niveles de civilización y de bienestar que se consideran mejores. El desarrollo se convierte en un fetiche conceptual y en una finalidad política obsesiva que pretende orientar el futuro de la humanidad. Los pastores de las metrópolis ya han determinado que la reproducción de los pobres más allá de ciertos límites que ellos consideran adecuados impide la cristalización de esa finalidad, pues introduce un momento de crisis en esa idealidad armónica y ascendente. Los apóstoles de la periferia difundirán la misma idea hasta que la política establezca las condiciones bajo las cuales una “población” es más “población” que otra. Y es que en realidad cuando se habla de reproducción por encima de un cierto límite la “población” no somos todos, sino lo que los antiguos llamaban *plebs*. Si en la antigüedad las élites piensan en sí mismas y para sí mismas, en nuestra época piensan en la “población” y para sí mismas. Es en esa lógica que las matemáticas ofrecen un modelo de restauración de la armonía: una tasa de crecimiento “natural” de 1%, es decir una población estable; modelo teórico en el que: “su efectivo varía con una tasa constante”; “las tasas brutas de natalidad y mortalidad son constantes”; y “su estructura por edad es invariable”.⁵⁹ Lo anterior se propondrá como un objetivo que gobiernos de países atrasados inscribirán en sus “políticas de población”. De ese modelo se nos dice que “la elección *arbitraria* de la tasa de reemplazo como objetivo de disminución de la fecundidad *está fundada sobre la opinión generalmente recibida* de que las poblaciones deberán, en un momento determinado, dejar de crecer”.⁶⁰

⁵⁸ “Toda llana ‘percepción’ [...] implica ya un ‘tomar por verdadero’ [...], es decir, una determinada norma y un determinado patrón de objetividad” (E. Cassirer, *op. cit.*, p. 58).

⁵⁹ Roland Pressat, *El análisis demográfico*, FCE, México, 1967, p. 311; véase también: Louis Henry, *Démographie; analyse et modèles*, Larousse, París, 1972, pp. 257-270.

⁶⁰ Subrayado nuestro. Tomás Frejka, “Alternatives of World Population Growth”,

Hay aquí una curiosa fusión de un acto sagrado de limitación y una veneración mágica del número, cuya autoridad se hace derivar de la opinión; de la *doxa*, de aquello que para Platón se encontraba entre la ignorancia y el saber. Podemos decir, retomando a Cassirer, que en ese modelo "el número cumple con la función que los pitagóricos asignaban a la armonía [...] opera como el lazo mágico que antes que unir las cosas, más bien las 'armoniza dentro del alma'".⁶¹ La noción de "población" logra lo mismo en el lenguaje del poder; así se preparan las condiciones de actos de magia social, la universalización del modelo del *homo neomalthusianus*, que encuentran las representaciones lingüística: "política de población", y numérica: crecimiento "natural" del 1% al año 2000 como objetivo, adecuadas. La *mathesis* logró colocarse en primer plano.

En nuestra época, a diferencia de lo que dice P. Veyne de la antigüedad griega y grecorromana, donde lo importante era valorizar y el detalle de la argumentación no importaba,⁶² importan las dos cosas. Se moviliza a la ciencia para hacerla encajar en una racionalidad de clase y de esa manera la argumentación opera con doble autoridad —*auctoritas*, "ese don reservado a pocos hombres de hacer surgir algo y (literalmente) de producir a la existencia"—,⁶³ aunque en el fondo se trata de una sola que somete a la otra y la hace jugar a su favor.

El uso particular, operativo, de la noción de "población" en demografía no está desligado de su uso político en el discurso estatal. No hay que olvidar que la demografía se institucionaliza como ciencia de Estado desde el siglo XIX y su importancia en la actualidad confirma su rol. Es, como dice R. Lenoir, una ciencia política en el sentido de que gran parte de su producción y problemática se debe no sólo a sus relaciones estrechas con el campo político y las instituciones de gestión colectiva, sino porque abarca a la sociedad en su conjunto y la coloca en presencia de cifras impersonales; es también, agrega, "la más natural de las ciencias sociales" por sus afinidades y orígenes comunes con la biología y el eugenismo, y por el efecto de "naturalización" y normalización que genera y reproduce al utilizar como sus categorías de análisis las que el derecho funda; en resumen, según los usos políticos que se hacen de ella, sería una "ciencia del orden establecido".⁶⁴

La demografía no es un mero instrumento técnico para medir y calcu-

citado en: BIRD, *Opérations de la Banque Mondiale. Programmes sectoriels et politiques*, Dunod, París, 1972, p. 379.

⁶¹ E. Cassirer, *op. cit.*, p. 194.

⁶² Cf. P. Veyne, "L'Empire...", *op. cit.*, p. 128.

⁶³ E. Benveniste, *Le vocabulaire...*, vol. II, *op. cit.*, p. 151.

⁶⁴ Cf. el original estudio de Rémi Lenoir, "Transformations du familialisme et reconversion: morales", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 59, septiembre de 1985; y para las referencias teóricas de este tipo de análisis: P. Bourdieu, "Habitus, code et codification" y "La force du droit. Eléments pour une sociologie du champ juridique", en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 64, septiembre de 1986.

lar determinadas características escogidas de los seres humanos, refuerza también las categorías de percepción del mundo social codificadas por el derecho al aceptarlas sin mayor juicio, y además agrega otras que contribuyen a crear aquello que designan (p.e. crecimiento “natural” y crecimiento “social”); en esta lógica el discurso estatal incluye nuevas palabras consagradas por un saber que reclama su estatus científico, y a la inversa, las categorías que utiliza ese saber y sobre las cuales ejerce su actividad de medición y cálculo están a menudo fundadas jurídicamente y por lo tanto son “reales” (p.e. edad, estado civil). La demografía es además un saber cuyo objetivo de constitución es pragmático: la planeación de las actividades estatales en determinados campos de su competencia. Los censos y las encuestas no se realizan por la simple necesidad de dar trabajo a los especialistas, ni para que se entretengan aplicando sus técnicas a los datos recabados: se les pide cuentas en nombre de la búsqueda de una cierta racionalidad, de un determinado equilibrio entre seres humanos, bienes y servicios; equilibrio que jamás ha existido pero que se enuncia como deseable, como promesa utópica de un paraíso terrenal. ¿Y qué mejor manera de prometer lo imposible sino utilizando en el discurso político una categoría globalizadora que a nadie excluye y que trata a todos por igual, como unidades equivalentes e intercambiables? La “población” es quizá una de las categorías de percepción más interesantes de las mitologías sociales actuales y su combinación con la de “política” eleva ese aspecto a una potencia mayor.

XIII

Cuando las categorías y realidades sociológicas de las que hemos hablado en este trabajo no se analizan de manera crítica, cuando se desconocen sus orígenes y funciones, o cuando hay un interés expreso en reproducirlas debido a expectativas diversas, la producción simbólica que las incluye encuentra muy pronto sus propios límites.

Lo que más sorprende cuando se analizan trabajos académicos más o menos recientes que se refieren de manera directa o indirecta a la “política de población” en México, es su homogeneidad, su falta de crítica. Quien habla del tema lo hace desde la misma perspectiva del Estado y sólo se diferencia de su discurso por las modalidades de la eufemización, pero no se contraponen sino que se complementan. Se observa incluso los mismos límites respecto a lo pensable y lo enunciable en ese campo; el mismo silencio acerca de todo aquello que pueda provocar polémica o romper con la visión uniforme y normalizadora; la denegación de la importancia de todos aquellos aspectos que pudieran indicar presiones externas, relaciones de fuerzas internas o su combinación particular. Se llega incluso a afirmar que su aclimatación en México está más cercana a una explicación endógena, incomprensible sin la voluntad presidencial, que

a una presión externa y a una mimetización interna. En general, se reproduce la misma visión de los principales especialistas que jugaron un papel decisivo en la transformación de una doctrina social en política y en la de los funcionarios interesados en el proceso de codificación de las verdades oficiales. De ahí pues la propensión al síndrome de la crónica presidencial, al angelismo positivista que sólo relata actividades, pero no explica, sino que "especula" y se cita a sí mismo, y cuando lo intenta cae en uno de los terrenos que más han esterilizado a la investigación en ciencias sociales en México: la mitificación del poder presidencial.⁶⁵

En esa producción simbólica destacan médicos, demógrafos, economistas y sociólogos relacionados con instituciones gubernamentales y de educación superior del DF. Campo político y campo intelectual, su interrelación y el papel de los agentes que los forman como productores de las representaciones legítimas no son tomados en cuenta en el análisis. Se constituyen como grupos que crean los puntos de vista, pero sobre los cuales no hay puntos de vista, como diría Bourdieu. Hablan en nombre de la ciencia, de la "estética" económica ("estilos de desarrollo") y en realidad de modalidades del discurso estatal. Son funcionarios-intelectuales e intelectuales-funcionarios, con nombramiento y sin nombramiento expreso, de ahí la fluidez del tránsito de un campo al otro y la creencia en la cientificidad de sus apreciaciones. Esos discursos hacen pensar que si el logro máximo de las ciencias sociales en México es relatar las actividades estatales y reproducir sus mitologías, entonces no hay que perder el tiempo dedicándose a ellas, sino convertirse en funcionario de tiempo completo.

Que la influencia externa, particularmente de los Estados Unidos, sigue teniendo una importancia fundamental en las principales orientaciones del bio-poder, y que es necesario estudiarla con mayor profundidad si se quiere entender este proceso, puede percibirse en lo que trataremos a continuación.

XIV

Hace ya por lo menos tres décadas que los "temas de población" fueron puestos de moda, en este siglo, por la preocupación de John D. Rockefeller III (JDR III). En 1953, año de la fundación del Consejo de Población (Population Council-PC1), empieza una nueva era en el campo del pensamiento y las acciones respecto a la gestión colectiva de los cuerpos.

⁶⁵ Cf. Viviane B. de Márquez, "La política de planificación familiar en México: ¿un proceso institucionalizado?", en *Revista Mexicana de Sociología*, abril-junio de 1984, pp. 285-310; V.B.M., "El proceso social en la formación de políticas: el caso de la planificación familiar en México", en *Estudios Sociológicos*, vol. 2, núms. 5 y 6, mayo-diciembre de 1984; Francisco Alba y Joseph Potter, "Población y desarrollo en México. Una síntesis de la experiencia reciente", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. I, núm. 1, enero-abril de 1986, pp. 7-37; Manuel Urbina F., et al., "Fecundidad, anticoncepción y planificación familiar en México", en *Comercio Exterior*, vol. 34, núm. 7, julio de 1984, pp. 647-666.

El conocimiento especializado del *pc1* y de otra serie interminable de organizaciones privadas anteriores a éste y otras que se reprodujeron aceleradamente en años posteriores,* se convirtió en un poder en sí mismo: el poder del saber. Pero el haber sido creadas en su mayoría por importantes grupos financieros mundiales, transnacionales de la industria farmacéutica y empresarios y políticos estadounidenses, además de contar con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos, a través de la *AID*, por ejemplo, las invistió de un poder más efectivo: el de cristalizar su pensamiento en acciones concretas sobre todo en países del Tercer Mundo.

La estrategia de las organizaciones privadas —conocidas actualmente con el nombre de organismos no gubernamentales— podría sintetizarse en los siguientes puntos: *a*) creación del modelo neomalthusiano; *b*) propuesta al gobierno de los Estados Unidos para integrar el modelo a sus programas de ayuda exterior; *c*) colaboración simultánea con el Banco Mundial para afinar el modelo, difundirlo a escala mundial e integrarlo a sus programas de financiamiento; *d*) creación de filiales (a imagen y semejanza de las matrices) en los países del Tercer Mundo; *e*) formación de personal especializado para administrar los programas de planificación familiar; *f*) propuesta de colaboración con los gobiernos para la creación y materialización de una “política de población”; *g*) utilización de las clases trabajadoras como objeto de actividades de violencia corporal y simbólica dirigidas a impedir parcial o totalmente su reproducción (p.e. experimentos con nuevos anticonceptivos u otros, prohibidos en países desarrollados y esterilizaciones); *h*) utilización de las organizaciones privadas como intermediarias de las transnacionales de la industria farmacéutica; en resumen, conversión de dichas organizaciones en verdaderos núcleos de saber-poder surgidos de la sociedad civil, de sus grupos económicamente hegemónicos y en algunos casos en alianza con fracciones políticas e intelectuales dominantes.⁶⁶ Estas organizaciones privadas han adquirido tanta importancia y son tan influyentes que sus opiniones respecto a la gestión colectiva de los cuerpos son tomadas en cuenta por la *ONU*. El Fondo de Naciones Unidas para Actividades en materia de Población (*FNUAP*) destina entre el 10% y el 15% de su presupuesto anual a financiar programas de tales organizaciones.⁶⁷

Para las organizaciones privadas, los problemas económicos y sociales

* Ejemplos: la *Planned Parenthood Federation of America* (*PPFA*-1921), la *Association for Voluntary Sterilization* (*AVS*-1937), la *International Planned Parenthood Federation* (*IPPF*-1952), todas ellas con sede en Nueva York. En Washington, D.C. son creados posteriormente el *Population Crisis Committee* (*PCC*-1965) y el *Zero Population Growth* (*ZPG*-1968).

⁶⁶ Véase: Luis A. Astorga A., *op. cit.*

⁶⁷ *International Consultation of Non-Governmental Organizations on Population Issues, in Preparation for the 1984 United Nations International Conference on Population, Report of the Consultation*, Palais des Nations, Ginebra, Suiza, 13-15 de septiembre de 1983; *UNFPA, Guide to Sources of International Population Assistance 1982*.

se resuelven con programas de planificación familiar, la fijación de metas demográficas, la realización de esterilizaciones en hombres y mujeres, y su colaboración estrecha con el aparato de salud. El modelo neomalthusiano es pragmático, de ahí el mayor éxito respecto a los planteamientos abstractos de los planificadores que proponen "una integración de las políticas de población a las del desarrollo". El haber asimilado el modelo a una visión restringida del bienestar, donde el aparato de salud juega un papel primordial como espacio estratégico de materialización del neomalthusianismo, y en ausencia de una alternativa igualmente operativa respecto a la relación "población-desarrollo", ha tenido un cierto éxito como estrategia de implantación.

Si sólo se toma en cuenta lo que se dice en los discursos oficiales de los diferentes gobiernos acerca de la interrelación "población-desarrollo", se tendería a pensar que se ha avanzado significativamente en el conocimiento y en la voluntad política para llevarlo a la práctica. Sin embargo, y como lo reconoce el director ejecutivo del FNUAP, los gobiernos que posteriormente adoptaron programas de planificación familiar, de información comunitaria, de investigación y de "estudios de población", tomaron como modelo el propuesto por las organizaciones privadas: ⁶⁸ era el que existía en el mercado.

El modelo adoptado en muchos países está lejos de ser neutral y esencialmente filantrópico, preocupado por el bienestar general como se le presenta normalmente. El problema es saber quién define el criterio de lo adecuado, con qué objetivos y a través de qué medios. Adoptar un modelo que culpabiliza al crecimiento demográfico de un sector de la sociedad, generalmente el más pobre, de muchos de los males sociales, económicos, políticos y ecológicos que existen, es una acción que sólo beneficia a sus creadores y a sus asociados, pero difícilmente a quienes se pretende sacar de la miseria. En éste como en otros campos la ignorancia y el ocultamiento de la historia llevan más fácilmente a la imposición de una política selectiva.

XV

Desde los años cincuenta y en particular durante los sesenta y setenta, el mundo conoció una de las más grandes campañas propagandísticas modernas cuyo objeto era difundir un nuevo credo respecto a la reproducción, sobre todo de los pobres. Nueva York se convirtió en la Meca del neomalthusianismo.

El modelo de las transnacionales del control natal pasó primero al Banco Mundial, que lo integró en sus paquetes financieros, en algunas ocasiones como precondition para otorgar préstamos en otros campos. Después fue incluido en los programas de ayuda exterior de los Estados

⁶⁸ *Ibid.*

Unidos, y posteriormente pasó más o menos modificado a formar parte de las recomendaciones de Naciones Unidas para los países del Tercer Mundo. La consagración fue cuando se implantó en algunos de éstos, no sin antes agregar en el discurso la necesidad de que las "políticas de población" formaran parte de las del "desarrollo".

El principal profeta de la nueva religión fue el entonces presidente del Banco Mundial (BM), Robert S. McNamara, al cual otros no menos importantes como Lyndon Johnson, presidente de los Estados Unidos, y U Thant, secretario general de la ONU, hacían coro en la época del auge retórico, de la eufemización como criterio de conocimiento, de barbarie conceptual. El Mal era la "explosión demográfica", el Salvador el gobierno de los Estados Unidos, la Doctrina el neomalthusianismo y el Remedio, el control natal. El interés le ganó la partida al conocimiento.

Pero como a toda religión, el Cisma amenaza al neomalthusianismo. Un grupo de colaboradores cercanos de Reagan, de la *Policy Development Office* y del *National Security Council*, elaboraron un documento para entregarlo a la Conferencia Internacional de Población 1984 (CIP 84, México 6-13 agosto) donde anotaban la posición que defendería el gobierno de los Estados Unidos.⁶⁹ Allí afirman que el crecimiento demográfico es en sí un fenómeno neutral, que no es necesariamente bueno o malo. Se convierte en un problema o en un elemento positivo, agregan, en relación con otros aspectos como la política económica, las coacciones sociales, las necesidades de fuerza de trabajo, etcétera. Señalan dos factores negativos que coincidieron con el crecimiento demográfico y que provocaron una reacción inadecuada frente al fenómeno: el control gubernamental de la economía y un cierto anti-intelectualismo que atacó a la ciencia, a la tecnología y al mismo concepto de progreso material. El primero es calificado como patología que se expandió con virulencia en los países en desarrollo y el segundo como producto de oscilaciones de la ansiedad cultural que durante siglos han vivido las sociedades occidentales. Agregan que las crisis localizadas de crecimiento demográfico son evidencia de demasiado control gubernamental y planeación. Señalan, asimismo, que el gobierno de los Estados Unidos no considera aceptable el aborto como un elemento de los programas de planificación familiar y que no contribuirá directa ni indirectamente con aquellos que lo incluyan, ya sean de gobiernos o de organizaciones privadas. Funcionarios de la Casa Blanca aceptaron que había razones políticas en la promoción de dicho documento: la Convención republicana en Dallas, donde los grupos "pro-vida" tienen un fuerte apoyo, se realizaría una semana antes de la CIP 84.⁷⁰

De hecho, el nuevo giro ideológico se dio pocos meses antes de la CIP

⁶⁹ Documento preparado por The White House Office of Policy Development, firmado por Robert M. Kimmit, Secretario Ejecutivo, y enviado a Charles Hill, Secretario Ejecutivo del Departamento de Estado, 30 de mayo de 1984; *Newsweek*, 24 de junio de 1984.

⁷⁰ Cf. *New York Times*, 24 de junio de 1984.

84, como una forma de cristalización de las presiones ejercidas por una coalición conservadora cada vez más influyente en la política de Reagan: ⁷¹ el movimiento "pro-vida", los fundamentalistas protestantes y la llamada Nueva Derecha del partido republicano. Desde principios de la década de los ochenta, el movimiento "pro-vida" comenzó a insistir en la eliminación del presupuesto de la AID para ayuda a los "programas de población", pero ante el fracaso concentró su atención en aquellos aspectos que promovían el aborto. Como un primer resultado, la AID, basándose en la sección 104 (f) del Acta de Ayuda Exterior del gobierno de los Estados Unidos ⁷² —donde se especifica que los contratantes no deberían incluir en sus programas el aborto, la investigación sobre el mismo, la esterilización involuntaria, ni los incentivos para realizarla—, retuvo aproximadamente la mitad de su contribución de 38 millones de dólares al fondo de Naciones Unidas para Actividades en materia de Población (FNUAP), en el año fiscal 1984, hasta asegurarse que ese organismo no utilizaba, en alguna medida, el financiamiento que le era otorgado para apoyar el aborto en los países con los cuales tiene acuerdos de cooperación. El propio director ejecutivo del FNUAP se encargaría posteriormente de disipar tales sospechas.⁷³

La confrontación entre lo que podríamos llamar neomalthusianos y puritanos neoliberales alarmó a los gobiernos de varios países, particularmente al de China cuya política demográfica coactiva —llevada a límites que los creadores del modelo siempre desearon, pero nunca se atrevieron a hacer explícitos— escandalizó a no pocas conciencias sensibles estadounidenses. Antes política ejemplar, se empieza a convertir en el símbolo de la ausencia de respeto a los derechos humanos, por un acto de magia política.

A principios de 1984, los líderes del movimiento "pro-vida" se reunieron con asesores de la Casa Blanca para demandar la composición de una delegación a la CIP 84 que simpatizara con sus propuestas y la dimisión de Richard Benedick, coordinador de asuntos de población del Departamento de Estado. El ex senador por Nueva York, James L. Buckley, presidente de *Radio Free Europe*, cercano al movimiento "pro-vida", y quien comparte la visión conservadora de Reagan sobre el aborto, fue nombrado jefe de la delegación estadounidense; Benedick no fue incluido. El movimiento había amenazado también con oponerse a las propuestas de la administración Reagan en América Central si la AID no anulaba su apoyo

⁷¹ Cf. Jason L. Finkle y Bárbara B. Crane, "Ideology and Politics at Mexico City: The United States at the 1984 International Conference on Population", en *Population and Development Review*, vol. II, núm. 1, marzo de 1985, pp. 1-23.

⁷² Cf. Committee on Foreign Relations, United States Senate, "Excerpts from confirmation hearing of Richard Derham to be assistant administrator for program and policy coordination", U.S. Agency for International Development, 24 de mayo de 1984.

⁷³ Planned Parenthood Federation of America, *Public Affairs International Newsletter*, 25 de mayo de 1984.

a los "programas de población" en la región. El Congreso, por su parte, reaccionó ante tales tendencias, poco después de la CIP 84, aumentando el presupuesto de la AID para "ayuda internacional en población" (1985) en 50 millones de dólares, 10 más de lo que se había pedido, para hacer un total de 290 millones.⁷⁴

XVI

R. S. McNamara presentó un documento a la CIP 84⁷⁵ en el que, desde el título mismo, polemizaba con el de los anti abortistas. Lo novedoso del esquema mcnamariano, respecto a sí mismo, es la adición que hace a la lista de repercusiones negativas del crecimiento demográfico. Señala que parte de la inestabilidad política de países como Kenya, Nigeria y El Salvador es el resultado de esas altas tasas de crecimiento. Afirma también que ello contribuye en gran parte a la creación de gobiernos autoritarios que no dudarán en aplicar medidas coercitivas para llevar a cabo el control natal. Escoge a China como ejemplo y señala que la "política de población" de ese país (un hijo por pareja) ha provocado efectos secundarios, p.e., el incremento del infanticidio femenino.

Según McNamara, las estadísticas acerca de la fecundidad en el mundo, que indican una baja sensible, no reflejan adecuadamente el peso específico de China, lo cual implica una cierta distorsión de las mismas. Señala que la fecundidad no ha sido afectada en la mayor parte del mundo en vías de desarrollo (a excepción de Taiwan, Sri-Lanka, Corea del Sur, China e incluso Brasil). Y ello debido, en parte, a la falta de voluntad política de los gobiernos que no le han dado la importancia adecuada a la "política de población". Además, agrega, es necesario un cierto grado de capacidad administrativa para lograr una reducción efectiva de la fecundidad. En su opinión, las cargas administrativas del Estado pueden ser aligeradas con la intervención de organismos no gubernamentales en la distribución comercial y gratuita de anticonceptivos. Pero el paso más importante, continúa, que una nación puede dar para reducir su crecimiento demográfico es establecer un marco en el que las medidas puedan ser formuladas y que sirva como referencia para la evaluación. El problema ya no es, dice, que los gobiernos acepten limitar el crecimiento demográfico si quieren maximizar su desarrollo económico y social, sino que reconozcan que no ha habido un progreso suficiente en lo que se refiere a la reducción de la fecundidad.

McNamara señala dos tipos de medidas que los gobiernos deberán realizar si desean reducir la fecundidad: aquellas encaminadas a influir en el medio económico y social que "promueve" la alta fecundidad para, de

⁷⁴ Cf. Finkle y Crane, *op. cit.*; *New York Times*, 7 y 24 de junio de 1984.

⁷⁵ Véase: Robert S. McNamara, "Time Bomb or Myth: The Population Problem", en *Foreign Affairs*, verano de 1984, vol. 62, núm. 5, p. 1107.

esta manera, crear el deseo de una familia más pequeña en las parejas, y aquellas dirigidas a proveer los medios apropiados para realizar ese deseo de los padres.

A la comunidad internacional le corresponde: incrementar la ayuda para obtener mayores tasas de avance económico y social; resistir a las presiones para establecer barreras arancelarias a las exportaciones de los países en desarrollo; tener una visión a largo plazo de la crisis de la deuda y de los requerimientos financieros futuros de los países de mediano ingreso; y promover un mayor reconocimiento de la necesidad que tienen éstos de mayores flujos de ayuda. En lo que se refiere a "población" hay tres áreas en las cuales la comunidad internacional podría cooperar: *a)* ayuda técnica y material para "programas de población" en países de alta fecundidad; *b)* apoyo continuo a la investigación sobre anticonceptivos, y *c)* desarrollo y transmisión de análisis e investigaciones relevantes.

McNamara establece como premisa la necesidad de reducir el crecimiento demográfico, vía fecundidad, en razón de las repercusiones negativas que menciona. Señala la necesidad de influir sobre las condiciones económicas y sociales que lo "promueven" para inducir a las parejas a desear un número de hijos menor al promedio existente. Una vez creado el deseo, se tratará de satisfacer la demanda insatisfecha. Es ahí donde intervienen los programas de planificación familiar que proporcionarán los medios anticonceptivos para la satisfacción de ese deseo. Los programas, dice, no tienen éxito sino allí donde existe el deseo de reducir la fecundidad. Es decir, no convencen sino a los convertidos. Así, la tarea será crear el deseo de ser convertido.

Contra el pensamiento de McNamara se puede argumentar que el hecho de que un gobierno autoritario tenga una política de exterminio selectivo no implica necesariamente que el crecimiento demográfico haya dado origen a ese tipo de gobierno, baste señalar los casos de ciertos países de Europa del Este y del Cono Sur con bajas tasas de crecimiento y las acciones de los Estados Unidos, ayer en Puerto Rico, República Dominicana, Vietnam, y hoy en Centroamérica y el Caribe (la diferencia está en que mientras los demás países la dirigen contra sus propios habitantes, los Estados Unidos y la URSS lo hacen además contra los de otros países). La razón instrumental mcnamariana afirmaría que ello se debió a la inestabilidad política creada por el crecimiento demográfico en esos países, lo cual amenazaba a la democracia, y Estados Unidos, autoproclamado guardián de la misma en el mundo, se vio en la obligación de intervenir.

El esquema mcnamariano es muy simple y simplista: considera el crecimiento demográfico como una variable a la que se le agregará una lista interminable de propiedades negativas, que se convertirán desde el momento de nombrarlas en campos necesarios de intervención de gobiernos y organismos privados (no gubernamentales), los cuales propondrán como el mejor remedio posible los programas de planificación familiar dirigidos hacia la reducción de la fecundidad. Primero fue la "explosión demográfica"

fica” —en 1968 afirmó: “la amenaza de las presiones demográficas incontrolables es muy similar a la de una guerra nuclear”—, algo así como el *big bang*, y después por arte de magia retórica se convirtió en “bomba de tiempo”... a menos que la “explosión” haya sido el efecto de una primera bomba no anunciada y ésta sea la segunda; el terrorismo verbal como técnica de mercadotecnia del neomalthusianismo.

XVII

Es todavía prematuro prever el resultado final de la confrontación entre los neomalthusianos y los puritanos neoliberales. Unos cuentan con la experiencia, el dinero y una compleja red de organizaciones con vocación transnacional, mientras que los otros se encuentran algo retrasados en el primer y el tercer aspectos, pero tienen a su favor el apoyo del Vaticano y el reforzamiento de las tendencias conservadoras en el occidente desarrollado.

Ayer se proponía el modelo del *homo neomalthusianus* como remedio a los males del subdesarrollo; hoy se dibuja el del anarcoliberalismo con prohibición del aborto; todo en nombre de un desarrollo tan abstracto como la llegada del Mesías o el acceso al Paraíso Perdido; o tan concreto como el de la ley de la selva. Se enfrentan dos modelos con aspiraciones universalistas que se disputan la “población” y su modo legítimo de gestión colectiva.

Lo relevante para la investigación no es tomar partido por uno u otro, sino conocer los modelos propuestos y sus implicaciones, su génesis y los intereses económicos y políticos que los han fomentado desarrollar un pensamiento crítico y evitar el hacer concesiones a cualquiera de ellos, así sea en el discurso; sin duda algo difícil de realizar en nuestros días donde lo que priva es la fascinación por los acuerdos que implican un flujo eventual de dólares.